

# LA UTILIDAD DEL ARTE

AGUSTÍN GARCÍA CALVO



He elegido como símbolo de mi reflexión sobre este tema a los dos sarcófagos fenicios que alberga el Museo de Cádiz y que aquí nos acompañan. Estos sarcófagos, que tienen evidentemente una utilidad, que dicen de por sí para qué sirven, para qué se han hecho. Y esta utilidad la conocemos bien: se trata de recubrir unos cuerpos sin vida, de recubrir unos cadáveres. Para eso es para lo que realmente sirven y además, con la duplicación en piedra sobre la tapa, contribuir a la inmortalidad de los muertos, según una tradición que estos sarcófagos recogen de Egipto, de Fenicia mismo, de Cartago, donde se pueden encontrar piezas análogas. Ésta es una utilidad primaria de estos sarcófagos: sirven para recubrir la muerte, para ocultar, acoger, esconder, preservar la muerte. Hay desde luego otras utilidades que tenían éstos sarcófagos. Se hacían al servicio de una familia rica o al menos acomodada de mercaderes, de funcionarios, en los años 400 antes de Cristo, y ésta es también una utilidad: servían para obedecer a los deseos o mandatos de estos personajes y desde luego servían también para que los artesanos anónimos, sin firmas, los escultores y los demás se ganaran algo del pan cotidiano por medio de sus trabajos al servicio de las familias. Estas son otras de las cosas para las que servían estos sarcófagos.

Ahora me voy a poner en el otro polo. Estos sarcófagos, aparte de todo lo dicho de para qué se hicieron, cumplen ahora otra función, tienen otro para qué, que es la función

de estar en el Museo. Estar en el Museo quiere decir contribuir a la riqueza cultural, de la ciudad de Cádiz en primer lugar y luego de la Humanidad. Sirven para la Cultura, sirven para hacer cultura, y éste es el otro 'para qué' que estoy contraponiendo al primero, pero de tal manera que seguramente por lo bajo están ya sintiendo ustedes algún enlace entre una utilidad y la otra, entre el servir para recubrir la muerte y el servir para hacer cultura.

Pero volveremos a eso más adelante. Antes se me ocurre decirles lo que yo desearía, para lo que yo desearía que sirviera el arte, para lo que pienso que sería bueno para la gente que sirviera el arte, las varias artes; el arte del juego con las palabras en primer lugar, la poesía, la música, la danza y también las artes que no juegan con el tiempo, la arquitectura, la escultura, la cerámica, la pintura y por supuesto también el cinematógrafo. Todo esto debe comprenderse bajo la palabra 'arte' y las artes. Me gustaría y desearía que de sus diferentes maneras, con sus varias maneras de actuar, sirvieran para descubrir la mentira de esto que nos venden como mundo, la mentira de la realidad, la mentira constitutiva de la realidad, en la cual está incluida naturalmente la mentira del poder, de las leyes y sobre todo la mentira de uno mismo; porque nosotros, señores, (estoy hablando ahora de una manera contra-humanística), no somos más que un tipo de cosas, no somos más que un caso de cosas entre las cosas y con esta peculiaridad de que tenemos una persona, que por su propia constitución está al servicio del poder, está de acuerdo con el Estado, con el Capital, con la situación en que vivimos, con la realidad que se nos vende, la persona. Por fortuna se da la gracia de que nosotros, tampoco las cosas en general, nunca estamos hechos del todo, definitivamente: eso es también mentira. Estamos siempre mal hechos, de manera que, aparte de que las cosas traten de ser las que son, cada uno de nosotros trate de ser el que es, como esto no puede ser, no es verdad, nos queda por debajo algo que no se ajusta a esa pretensión y a lo que suelo aludir como pueblo-que-no-existe, todo seguido, para que no haya confusiones con otras cosas que los políticos a lo mejor llaman pueblo o pueblos. Pueblo-que-no-existe. Que no existe, pero que lo hay y que está siempre dispuesto a decir 'no' a lo que le venden, a lo que le imponen también a las propias personas.

En esta situación mi deseo sería que las artes, cada una a su manera, sirvieran para descubrir la mentira de este artilugio, que produjeran descubrimientos la poesía, la música, las otras artes. Que hirieran con una herida de la que ustedes y yo difícilmente pudiéramos ya curarnos nunca. Que nos descubrieran efectivamente la otra cara que se nos oculta siempre de esta realidad, de este mundo en que nos encontramos metidos como en una cárcel, pero una cárcel que nunca está cerrada del todo, así como nosotros cada uno nunca estamos cerrados del todo, definitivamente hechos, y por eso, desde lo que nos queda de pueblo-que-no-existe, podemos decir 'no'. Me gustaría que la poesía por ejemplo descubriera por el juego de sus palabras la mentira de los vocablos de un idioma, por el procedimiento de entrecucharlos y hacerlos jugar en la cadena del ritmo. Esto no sólo es lo que me gustaría, sino lo que me he pasado la vida intentando por mi parte, con más o menos fortuna, lo cual yo no puedo juzgar en este momento. Eso es lo que deseo, eso es lo que intento: que también la música o la danza y hasta las artes quietas pudieran servir en un sentido semejante, aparte del placer, del disfrute verdadero. Que no fueran la diversión que

generalmente se ofrece a las masas como ellos dicen, a las masas costituidas de individuos, sino un placer de verdad, palpable, inmediato, sensible. Envuelto con eso, el descubrimiento, el descubrimiento de la falsedad: el descubrimiento de la falsedad que es toda la verdad que se nos da: descubrir la mentira: no tenemos otra. La verdad está fuera de este mundo, pero la mentira es constitutiva de éste, y siempre se puede descubrir que no era así.

Eso es lo que puede producirse por medio de las artes de una manera sensible, sentimental, sensitiva, pero que al mismo tiempo arrastra consigo a la razón, al razonamiento, ése que está siempre ahí, debajo de la lengua viva.

Todo eso que digo para la poesía de alguna manera se puede extender a las otras artes, porque ellas de alguna manera, las obras de las otras artes, incluso de las artes quietas, también dicen algo, cuando lo dicen, cuando contribuyen efectivamente a ese descubrimiento, por medio de los trazos de la pintura, por medio de los pasos de la danza, por cualquier otro medio.

Este deseo ferviente de descubrimiento por el juego es el que me ha venido moviendo a lo largo de los años de mi vida. Apenas tengo que decirles que esto es tan raro que se dé, ni en la poesía, ni en la música, ni en la pintura, ni en la escultura, ni en la arquitectura, ni en nada, es tan raro que se dé, que podríamos decir que no se da. Pero es gracias a que no estamos nunca del todo bien hechos y la sociedad, la realidad, no está nunca del todo bien hecha, que siempre se puede escapar algo: en el juego de las palabras, en el juego del ritmo y la melodía, en los juegos de los trazos, los colores y las formas de las otras artes, siempre se puede escapar algo que en lugar de estar confirmando la realidad pesadamente, pueda desvelar, pueda herir, pueda hacerle a uno descubrir que lo que creía era mentira, destrozarse algo de su fe, estropear su fe en algo; porque la fe, como ustedes saben, es lo que sostiene al Poder, al Capital, el dinero, que es todo él crédito, todo él futuro. Y efectivamente siempre cabe, aunque sea raro, aunque sea en contra de todas esas dificultades, algo de eso: que se dé en un poema que suene en el aire, no que se lea para ser culto y para no estar tan pendiente de la televisión todo el rato, sino que suene y que hiera. Y lo mismo en algún arranque musical o artístico, en cualquier sitio cabe, es rarísimo, no se da casi nunca, pero nunca podemos decir que no se da. A pesar de todas las dificultades, eso que queda de no hecho, por lo bajo, puede producir pequeños milagros, milagros relativamente cotidianos.

Y volviendo al tema de para qué sirven en general las artes y sobre todo para qué servían hasta hace poco, por ejemplo, la arquitectura servía para hacer casas: seguramente suena a maravilla, pero hasta hace poco venía sirviendo para eso: servía para hacer casas, y casas donde la gente viviera y efectivamente viviera de la manera más acogida, más simpática, con las paredes, con la arcilla, con los techos de pizarra, de cañizo o de lo que fueran. La arquitectura servía para eso, y hacía (porque los arquitectos tenían que ganarse la vida) palacios, palacios para los señores, para los príncipes, y hacía catedrales para la Iglesia, que durante muchos siglos ha sido el único representante de la Cultura. Hacía todas esas cosas.

Ustedes dirán “claro, eso les servía a los señores, a los eclesiásticos, a los canónigos”. Pero no es así, porque pasa que las iglesias se hundean, los príncipes se mueren, y entonces quedan esos palacios más o menos desiertos, quedan las catedrales, y de vez en cuando la gente puede entrar ahí y disfrutar del fresco de una catedral en verano, disfrutar de una iglesia más o menos abandonada y disfrutar de un palacio, por medio de la intervención de la autoridad organizadora del turismo que permita la entrada a gentes cualesquiera, de manera que es una utilidad de rebote.

Algo parecido puede decirse de las otras artes también, como la escultura: las esculturas que eran las obras que se esponían en las plazas de una ciudad, más o menos bien hechas, estaban por las calles, en nichos o exentas, de una manera o de otra, y la gente pasaba y desde luego no iban a verlas como turistas, pasaban, iban al mercado o a la oficina, pero evidentemente, sí aquello estaba diciendo algo, si aquel caballo o aquel jinete sobre el caballo o cualquier otra cosa que hiciera alusión a lo uno o a lo otro, si estaba hecha para que dijera algo, al público del mercado, al público de la oficina, eso los podría reconfortar, alegrarles la vida. Y para eso servía la arquitectura, la escultura, la danza, el baile con la música, desde luego para hacer bailar a la gente, para hacerla temblar y realmente de una manera trivial, insuficiente, pero al mismo tiempo de una manera que podía devolver algo de un temblor, de una salud que la enfermedad cotidiana de la Cultura no suele permitir.

Y eso es para lo que servía, como los poemas épicos, las canciones y no digamos el teatro, donde se juntaban poesía con música y con danza, todo en uno, esa función maravillosa que se inventó cinco siglos antes de Cristo en nuestro mundo. Todo eso servía para entretener inevitablemente, como hoy entretienen los medios y la televisión, pero además entretener de tal manera que aquello pudiera producir momentos de placer, momentos de placer verdadero, no de diversión. Espero que se entienda la diferencia.

Todo esto venía sirviendo para eso, para funciones más humildes que la del descubrimiento de la mentira de que antes hablamos, de la herida incurable, pero, bueno, funciones humildes para ir viviendo, para consuelo de la gente.

Pero hemos llegado a una época en que las artes prácticamente no sirven ni siquiera para nada de eso. Hay artes que contribuyen con los Medios de Formación de Masas a que pase el tiempo sin que se sienta, a entretener, a divertir y desde luego a conformar y por lo tanto a embrutecer, incluso a hacer que muchachos y muchachas, en tanto que todavía están menos hechos, y, por tanto, son más peligrosos en la medida en que están menos hechos y conformes que los mayores, pues crean que lo que tienen que hacer es lanzarse a grandes movimientos, exhibiciones de danza selvática, estruendos musicales acompañados por láseres luminosos por todas partes. Para eso es para lo que sirven; es triste decirlo, pero las artes de nuestros tiempos mayormente sirven para eso.

Luego están las artes finas: los museos sirven como ejemplo. Las artes finas sirven para eso, para hacer cultura, y supongo que después de haber estado denunciando la cosa

se entenderá mejor que si lo hubiera dicho directamente. Sirven para hacer cultura, es decir, para hablar, más que para sentir nada, de lo que las propias artes pudieran ser. Nadie que va al Museo del Prado o que viniera a éste, nadie va a disfrutar, sino porque se lo mandan y porque tiene que hacerse culto: de las obras de arte apenas nunca puede correr el peligro de disfrutar algo: el placer está prohibido.

El placer está prohibido porque a un museo no se va a pasárselo bien: a un museo se va a hacer cultura y hacerse uno culto, es una cosa seria y negada por tanto al placer. La arquitectura está por un lado entregada, como saben, al metro cúbico, es decir al dinero, en la mayor parte de sus producciones; y cuando de vez en cuando el promotor se acuerda de que tiene que disimular un poco y plantar una monada escultórica en una plaza o en alguna calle entre los enormes bloques de pisos de viviendas de nichos, (enormes bloques de nichos para la gente ya dada por muerta), alguna vez encarga a un artista, de nombre por supuesto, que la plante allí, que la plante en esa plaza, que la plante en este sitio de la costa; luego esas monadas escultóricas a la gente ni le dicen ni le hacen nada y por desgracia muchas veces ni siquiera cumplen aquella humilde función de que al pasar la gente pueda encontrarse un poco más a gusto que si no estuvieran allí. Por el contrario, son decididamente molestas; pero están ahí y están cumpliendo una misión, que es la que les he dicho: que el Capital disimule, que disimule y que no parezca que están entregados sus arquitectos íntegramente al dinero, sino que también sirven para hacer arte de vez en cuando y para patrocinar el arte.

La Cultura está al servicio del Poder. Yo no querría emplear la palabra 'Cultura' en ningún buen sentido. Hay mucha gente que emplea la palabra 'Cultura' en un sentido bueno: yo no la puedo emplear. Cultura es lo que les estoy contando a ustedes. Pasa como con algunos que todavía quieren emplear la palabra 'Dios' en algún buen sentido. Dios no es bueno, porque yo sé que Dios es el que hace todo esto que os estoy contando, porque Dios está dónde está el Capital, dirigiendo la administración de muerte, que es de lo que les estoy hablando a ustedes.

Así resulta que volvemos al comienzo, con los sarcófagos; y ya ven cómo en efecto esta función última a que ha quedado reducida la Cultura, a contribuir a las operaciones del Capital que son precisamente administración de muerte, coincide con esto de que estos sarcófagos están justamente destinados a recubrir y conservar la muerte. Por medio de la inmortalidad.

Ése es el punto que tengo que tratar: la inmortalidad de la muerte. La inmortalidad pertenece a la administración de muerte: son intercambiables la una con la otra, porque la muerte nunca está aquí, la muerte siempre es futura y es por tanto del mismo orden que la inmortalidad: una y otra coinciden en tiempo real. El tiempo real, con su futuro para empezar que es lo primero que el Poder necesita, es una falsificación fundamental para la constitución de la realidad, y los que creen en la muerte o en la inmortalidad están contribuyendo al reconocimiento de este tiempo. Pero ¡no al futuro!: no hay futuro. Y esto hace fal-

ta decirlo, decírselo a los jóvenes: hace falta siempre ir en contra del hecho de que todos los días les están vendiendo futuro, que alguien venga a decirles “¡no os creáis eso!”, no hay tiempo real, no hay más que ahora, y ahora apenas existe: nos ha sacado de la realidad, porque ahora es verdad y su verdad consiste en que cuando se dice “ahora” ya no es ahora.

Ésa es la situación en la que la muerte se da como primaria y eso es compatible con la eternidad, con el futuro y también con la historia, es decir, con el pasado, convertido (por la presión del futuro, que es lo que cuenta) en mera sucesión de fechas, no memorias vivas de las que nos pueden asaltar de vez en cuando, y de las cuales justamente, de esas memorias vivas, palpables, no definidas, no fechadas; de esas memorias vivas es de lo que las artes podían estar viviendo para el cumplimiento de esa función esencial, descubrir la mentira de la realidad, aunque ello suponga un placer inmediato, palpable.

Esto es lo que queda ya prohibido con esta función a la que se nos quieren reducir las artes. Cuando, por ejemplo, he hablado de los arquitectos, el encargo que viene de arriba es un encargo que se hace siempre a una persona destacada, a una persona de nombre que es la que le va a dar al producto, a ese chisme, ese valor que de por sí no tiene. Fijémonos en la conexión entre la administración de muerte y esa presencia de la firma del nombre del arquitecto o del artista en general. Ahí se ve hasta qué punto la persona, desde luego más cuanto más persona, cuanto más ilustre, cuanto más reconocida, la persona está del lado del Poder, del lado del Capital, alimentada por él, alimentándolo a su vez con sus actuaciones. En la poesía como en la arquitectura, el poeta se carga a la poesía siempre, se leen poesías de poetas, de poetas y poetisas, pero se leen así, bajo una firma; y eso está inmediatamente relacionado con hacer Cultura, con hacerse cultos, y relacionado también, si he acertado a presentarlo, con lo de la administración de muerte. Porque se desviven por que les publiquen un libro o les encarguen una escultura o un cuadro para algún sitio y que se lo paguen bien, y eso sobre todo, no por el dinero, sino por esa forma del dinero que es todavía peor, la fama, el nombre, por tanto la aspiración a la inmortalidad. Y es que la inmortalidad es ciertamente lo mismo que muerte, que aspiración a la muerte.

He concluido mostrando cómo se enlazan todas estas cosas entre sí. Tengo que terminar de esta manera desolada: en lo que digo, no en el decirlo, tiene que ser así, desolada. Pero no confundamos la desolación con la tristeza, por si acaso. Porque, si bien estas reflexiones son desoladas, que resuenen en ti, y sobre todo en quienes te escuchan, eso es una alegría.